

Guillermo Koenenkamp

Almohada de piedra

(Continuación)

Después del cataclismo que un día partiera por mitad su vida, vivió, durante no sabía cuánto tiempo, con el alma atontada de dolor; yendo y huyendo en torno al blanco hueco abandonado; mirando a cada instante y adónde quiera que llevase las miradas, la última sonrisa imperecedera de María... ¡esa sonrisa tan indescifablemente triste que, al morir, se eternizó en su boca! ¡Ah, y él no había muerto...; no había seguido por los caminos de la eternidad a su pobre mujer, ida para siempre! ¡A esa mujer, «suya», de valerosa belleza de niña, de valeroso cariño, de valerosa resignación, que él, un pobre hombre contemplativo, conquistara un día con la repentina afirmación de su voluntad, con el resuelto afán de su destino! Y había continuado viviendo, anonadado y estupefacto entre las cosas inexpresivas de este mundo; entre las gentes indiferentes de este mundo que querían en vano hacerle olvidar. Entonces, si alguna vez dejaba por un instante de pensar en ella, volvía de

pronto, en un gran sobresalto, a su recuerdo, como si la hubiese dejado sola...

De vez en cuando solía ver a algunos amigos; solían ir a verle algunos amigos, y amigas; algunas amigas de su mujer. Y fué, él, algunas veces, al cabo de un tiempo quizá largo o quizá corto, a casa de Clemencia, la buena amiga de la infancia, de María. Visitó más a menudo después—cuando murió tan trágicamente el joven Alberto Reinoso, hermano de Clemencia, a la madre, a la señora Rosmunda. Y cuando también murió su propia madre, encontró un doloroso alivio en la doliente compañía de la señora, que se acogía como a un hijo. Y, pasados dos años, o tres años—aun sin poder olvidar a su mujer, cuya imagen blanca parecía haber dejado grabada el dolor, para siempre, en sus recuerdos—poco a poco se fué dando cuenta de que... de que, sin buscarlo, sin quererlo, se había enamorado de Clemencia. Y al recuerdo de María fué asociando paulatinamente el pensamiento en la amiga de María...

¡Ah! El no quería recordar eso; no debía recordar ni pensar en eso. No quería, no, pensar en ese otro amor, que le había parecido al comienzo como una reencarnada prolongación de su amor a María. ¡No quería recordar las vivas llamas de ese otro amor, que le habían devorado por último, como una inconsmitible zarza, todos sus pensamientos! Esas llamas que ahora estaban apagadas; que él creía apagadas para siempre...

Y ahora, señor, ¿qué dulce enjambre de aguijones le estaba acosando de nuevo, en la soledad de sus sentidos, el agrio panal de sus pensamientos? Perseguido, pues, de nuevas inquietudes, volvía a vagar por los solitarios caminos de la montaña, metiéndose en las

quiebras escondidas. Ahí dejaba descansar su espíritu, posando las miradas sobre el altivo cuchillo de alguna roca. Y se acordaba al acaso de Rosarito. Se acordaba alguna vez de Rosarito; de las conversaciones tontas e inteligentes de la muchacha. ¡La ingenua Rosarito! ¡Qué incomprendible era la vida!

Y sin embargo, la vida era clara también, a veces. Como esas aguas de vertientes cordilleranas que corrían por entre las piedras pulidas. Bebía, echado de bruces, las frías aguas de la altura, y en la tranquila superficie azulada, veía, en ese momento, reflejarse su propio rostro, alterado... Tal como le pareció verlo hacia un instante en la mirada imperceptiblemente estremecida de la señora Marina. ¿Le habría parecido...? Ahora, cada vez que conversaba con la hermosa patrona, o pasaba junto a ella, de pronto, espontáneamente, sin que un pensamiento interviniese en ello, sentía un inquieto calor cosquillearle bajo la piel; un dulce afán apresurarle el ritmo del corazón. Y ella... ella quedábase mirándole suavemente a los ojos, con sus ojos de dulces mieles, de los que irradiaba como un perfume, su simpatía. ¡Ah!... Seguía pensando, morosamente; haciendo evocaciones e imaginaciones; escapándose a la postre de sus mismas imaginaciones; y al fin una sonrisa amarga iba apareciendo lentamente en su boca. Volvía, entonces, a recostar sus pensamientos en la objetiva realidad presente; y miraba los perfiles eternos de la montaña, y las sinuosidades azules, cuyas hechicerías escondidas bajo ingravidos velos de niebla, le suscitaban por contraposición, visiones fugaces. Visiones que no quería ver; visiones que—lo sabía bien—de seguir las por otra vez nada más, habrían de llevarle quizás a qué profundos precipicios. ¡Mejor, mejor era evocar el

recuerdo tan vivo, tan natural y cercano, que desde hacía algunos días venía siguiéndole a él por los sorprendidos rincones de su vida! Ahí estaban, al alcance de su mano ávida, esos tibios recuerdos... ; ahí estaba ella misma, viva, suave, rozagante, con su enigmática sonrisa llena de cariñosa quietud. Y de inquietud...

Regresaba a poco a la residencial; y sus pasos, que antaño eran lerdos, inseguros, se aligeraban ahora por sí solos. Atormentadas apetencias le bailaban en los sentidos, y al acercarse, buscaba por ahí la silueta airosa, la sonrisa cariñosa, luminosa, de la señora Marina, que andaría disponiendo las últimas cosas para el almuerzo. Pero, al aproximarse por los callejones, se encontraba inevitablemente con Rosarito, que, como una joven araña inexperta, le acechaba tras los hilos mal disimulados de sus intenciones.

—Don Joaquín... Joaquín; no me convidó a pasear un poquito. Mire, Joaquín, usted ya se está pareciendo a «Juan Gente» («Juan Gente» era un pobre loco de los cerros, lleno de andrajos y colgajos; pero gallardo, bajo el drama de sus greñas, a quien la señora Marina le daba en las noches de comer, y el que, cuando alguien le topaba por los despoblados, se adelantaba a gritar, poniéndose una mano en la alzada testa: «¡Gente, gente!»)... aunque usted cada día se pone menos gente, ¿no?

El la miraba casi sin mirarla, y quería seguir adelante. Pero Rosarito recogía los hilos resistentes:

—¿Ve usted, Joaquín—le mostraba con los ojos florecidos y la voz dengosa—; ve usted el libro que acaban de mandarme? «Cumbres Borrascosas», de Emily Bronté. Está en castellano. Se lo tengo para prestárselo a usted, Joaquín...

El hombre hurano y cerril, como «Juan Gente», se

humanizaba un poco, a pesar suyo, y hojeaba la bella edición del bello libro, mientras caminaban y se detenían a intermitencias.

—¿Usted la leyó, esta novela?—preguntaba, por algo preguntar, don Joaquín.

Le brillaba de nuevo una acariciante llamita azul, en los ojos, a Rosarito, y contestaba, apegándose un tanto junto al hombre:

—No, Joaquín. Usted, mejor, me la cuenta *¿no?*

—No sé contar—se exasperaba él de pronto. Y, con voz fría, agregaba, poniéndole el libro en las manos a la niña: —Léalo usted, y me lo cuenta a mí, si quiere...

—*¿Y si no quiero, mire?*—se le oscurecía súbitamente a la ingenua Rosarito, el débil azul de la mirada, recibiendo con mohino ademán el libro que él le devolvía.

El *se* quedaba por un instante, junto a ella, medio compungido, medio encogiéndose de hombros, y contestaba por último:

—Mejor...; mejor... Así nos quedamos a la bella moda inglesa...

Y se escurría presuroso por la terraza, en dirección a su cuarto. Comenzaba a pasearse de un lado a otro, sin atinar en lo que iba a hacer, disgustado de Rosarito; disgustado consigo mismo, no sabía por qué. Y no quería saber por qué. *¿Qué le importaban a él las atenciones desagradables de Rosarito, y esos débiles sentimientos, más enojosos que agradables, que le inspiraba Rosarito? ¿Qué significaba una gota de agua insípida dentro de los hinchidos mares de sus... ¿de «sus» qué, Señor?* Suspiraba con una mueca agria, moviendo la cabeza. Sí; *¿qué le importaban a él los dengues, y las miraditas, y los tontos melindres de*

Rosarito? ¿Que le importaban los ojos azules, y las zalamerías, y los rubores desabridos de Rosarito, cuando él tenía dentro tantas cosas..., tantas profundas y turbulentas cosas en las que su espíritu, como un pez aturdido, se revolvía constantemente? ¿Qué le importaba...?

Almorzaba al fin, sin darse cuenta, en su rincón del comedor. A veces, después del almuerzo, buscar, como apacible consolación, la dignísima presencia de la esposa de Amescua; cuando ella venía, a ver a su marido; y sin preocuparse ya de Rosarito, quien en verdad no le preocupaba gran cosa, y no queriendo tampoco preocuparse de la señora Marina, pasaba parte de la tarde conversando con Clotilde, y con don Fernando, entre el claro de los nogales que había al fondo del huerto. Eran, ambos esposos, cultos; de una cultura vivida; y con el enfermo, recostado en su silla de reposo, olvidaba los lentos vestigios de su mal, ante la conversación animada, inusitada, de ese hombre que no temía su dolorosa compañía. El había adivinado, hacía tiempo, en ese compañero de desgracia, quizá qué mal muy distinto al que aparentemente le tenía recluído ahí. Y no se extrañaba, como los demás enfermos reposantes, de su inestabilidad y desasosiego descontrolado, que tiraba para los cerros el enjuto cuerpo del hombre.

—Usted, don Joaquín Villarán, está tan delicado que necesita ir a tenderse sobre las duras piedras, ¿verdad? Le envidio, aunque... (miraba discretamente hacia su mujer, con amor, con dolor, y agregaba): aunque, los sentidos, amigo mío, más se excitán con el rigor...

Don Joaquín no pestañeaba; y se quedaba quieto, con una mirada que tanto podía estar mirando hacia

adentro como hacia afuera. Entonces la esposa de Amescua salía de su silencio, y con dulce voz comprensiva mostraba que había estado escuchando. Decía, fijando ella sus verdes ojos inteligentes en la faz inmovilizada del hombre:

—Va por estar tranquilo, y entretenerte en la contemplación de las bellas cosas... ¿Qué hace solo aquí, en este ambiente...?

—Reposar, mi hija, como yo; como los demás. Pero este rebelde caballero no necesita, en verdad, reposo; necesita otra clase de reposo... ¿Qué dices tú, Clotilde...? —volvía a mirar con una dolida sonrisa picaresca, a su discreta esposa.

Y en verdad, el noble Amescua adivinaba, aunque a medias, los motivos que llevaban a Joaquín Villarán hacia los silenciosos recovecos de la montaña; a tenderse precisamente sobre las duras piedras. Adivinaba, en todo caso, algo que el mismo Villarán no había adivinado aún, en los largos desamparos de sus sentidos...

IX

Pero había también y ante todo, algo de espiritual y tierno, algo de triste y agradecido, en la viril inquietud que la joven patrona, dulce y bonita, había despertado inesperadamente en el huésped. Recordaba, al cabo y por junio, todos los cuidados y atenciones que de ella había recibido...; todas esas atenciones y maneras, tan discretas, que ella tenía para con todos sus pensionistas, y que él mirara antes como cosa tan natural. Pensaba ahora en ella... en «ella misma», a cada instante. ¡Sí, qué escondidas y hermosas líneas adivinaban ahora sus miradas, a través de los sencillos vestidos do-

mésticos, en el cuerpo joven de la patrona! ¡Y qué dulce sonrisa de simpatía en el rostro dorado por la luz de la montaña! ¿Cómo pudo una mujer así, tan hermosa y atractiva, habituarse al minucioso destino de esa residencial, que le esclavizaba sus bellos días? ¿Y... su marido... por qué no se veía nunca...?

Estaba fumando, y pensando, cuando ella entró a la pieza del hombre horaño y desamparado, después de haber golpeado a la puerta, tímidamente.

—¿Por qué golpea, usted...?—le dijo él, al verla, dominando su sobresalto.— Creí que era la empleada... Perdóneme.

Se deshojó la sonrisa amortiguada que la joven patrona traía en el ángulo de su boca, y se encendió un punto la dorada suavidad de sus mejillas. Volvió a sonreír, y habló, titubeante, como una chiquilla, o como una enamorada, bajando los ojos:

—Don Joaquín..., quería hablarle...; quería conversar con usted. Pero no me atrevo...

Don Joaquín la estaba mirando largamente, sin contestarle. Ella, entonces, alzó los ojos indecisos hacia él:

—Don Joaquín—prorrumpió al fin, con voz que se suavizó al punto—; usted es bueno, y desgraciado, y me comprenderá. Yo necesito...; tengo necesidad de que alguien..., alguien me aconseje. Usted...

—¿Cómo sabe usted que yo soy desgraciado...?—protestó él, con la voz alterada.— Yo no...

Ella le interrumpió a su vez:

—Sí, don Joaquín; es desgraciado—afirmó, mirándole suavemente.— No me lo niegue, ni me tenga vergüenza... ¿Acaso un hombre llora porque está enfermo? ¿Acaso llora por una cosa cualquiera...?

Yo también... yo...; pero, yo no he sufrido como usted...

Le ardía el rostro, y el pensamiento, a él; de dolor de vergüenza, de todo. ¿Qué sabía ella, Señor...; qué había pensado de él...? Se paró de la blanda silla en que estaba sentado, junto a la ventana, y se la ofreció a su dueña. Ella, en su confusión, comprendió la delicadeza, y la aceptó, diciéndole:

—Gracias... Pero siéntese usted también, ¡quiere?, y conversemos...

La voz de la señora Marina, fresca, maternal, acogedora, había devenido en ese instante, confidencial, infantilmente confidencial y suplicante:

—Soy... desgraciada, don Joaquín; pero no sufro. Es decir, no he sufrido de la manera como usted ha sufrido... Quédese quietecito—le mandó con una sonrisa algo alterada, al ver el rostro alterado de él—; quédese quietecito, y óigame...

El escuchó, obediente.

—¿Usted sabe que... soy casada?—comentó ella, ruborizándose.— Sí; soy casada—continuó con voz rápida, como para afrontar o ocultar más presto su vergüenza—y... no sé dónde está mi marido...

—¿No está en la Argentina...?—habló él, recordando vagamente lo que oyera en alguna ocasión.— ¿No está...?

La señora Marina le echó una sorprendida mirada de desengaño.

—¡Ah, usted también...! —exclamó, meneando la hermosa frente apenada.

—¡No! ¡no! ¡Yo no sé nada; no sé nada de eso, Marina!—le aseguró él vivamente.— Eso que dije, es, nada más, lo que sé.

Ella permaneció en un inerme silencio, como si en

ese momento estuviese pensando o diciéndose: «No le ha interesado, entonces, saber nada de mí...» No obstante, antes de que él, que hacía esfuerzos por penetrar en lo que ella se estaría diciendo a sí misma, confirmó:

—Estaba en la Argentina, hasta hace algunos años, pero con la ley de extradicción, y con todo lo demás, habrá tenido que irse para otra parte... ¡Hace tiempo que no me escribe! ¡Quizá qué habrá sido de él... suspiró al fin.

Joaquín la escuchaba, perplejo. ¿Qué era lo que estaba diciendo esa mujer? ¿Abandonada por el marido? ¿Ley de extradicción...?

—No le entiendo, señora Marina—exclamó, aproximando su ligera silla a la de la joven patrona.— Por favor...

La desventurada señora estaba haciendo esfuerzos para contener una larga emoción. Sus pechos se henchían; apretaba a su boca el pañuelo, con humillación, con vergüenza, con desamparo, tal como lo había hecho en otra ocasión el angustiado Joaquín, ante los comprensivos ojos de ella.

—¡En realidad, no sabe usted!—se rehizo, más fuerte que el hombre.—¿No sabe... no sabe, pues, que mi marido...; que mi marido es un asesino...; que mató a un sobrino suyo, la misma noche de nuestra boda? Lo mató, y huyó...

—¿Lo mató...? ¿A un sobrino?—profirió Joaquín, espantado. —¿Lo mató...? ¿Y por qué?—gritó de súbito, con terrible e indefinible pensamiento.— ¿Por qué...!

La señora Marina, sorprendida de ese grito incomprendible, le clavó los mojados ojos. Sonrió con amargura y con dulzura a la vez:

—No fué por... celos; ni por nada, créalo, don Joaquín murmuró.— Fué porque se le ocurrió; por locura, por salvajismo... ¡qué sé yo! Es así, toda esa familia. Otro pariente de él, también mató a un propio hermano, en una ocasión. Son los Pavés; usted los habrá oído nombrar; y ahora sé que me quieren quitar esta casa, que era de los padres de mi marido. Yo creo que algo le habrá pasado a Fabián... (Se quedó un instante, mirando por la ventana entreabierta hacia las lejanías azuladas del Cajón, y agregó, abatida:)—No sé... ; siento, no sé por qué, que no va a volver más... que no podrá volver...

—¿Y usted, lo quería... lo quiere?—la interrogó él, sin darse cuenta del apremio de su voz.— ¿Por qué se casó con ese hombre, señora? ¿Lo quería mucho...?

Ella lo contempló, mirándole vagamente con los ojos muy abiertos, en los que titiraba el reflejo triste de su dulce y enigmática sonrisa. Al fin los bajó, llenos de pensamientos. Dijo, sin contestar a lo más esencial de la pregunta:

—Porque..., porque era bueno. Nunca bebía, entonces. Y porque... —se le humedecieron de nuevo las palabras—aquí estaba sola... ; aquí me quedé yo, sola, con la mamá de Fabián, que era muy buena para conmigo. Aquí murió mi padre, primero, y después mi madre... ; y yo corté mis estudios en el colegio, por acompañarlos aquí. Primero acompañé al papá; después a la mamá. Y la casa se deshizo allá, con las enfermedades... ¡Cinco años de enfermedad, los pobres!

El se aproximó más a ella, y le cogió una mano, impulsivamente.

—¿Por eso es usted—exclamó—tan bondadosa con sus pobres pensionistas? ¡Dios y sus papás la bendí-

gan, Marina!—y le dió un beso respetuoso, inconsciente y repentino, en la mano que le tenía cogida. Después, confundido, retiró un poco su silla del lado de la señora.

Se quedaron un momento, en silencio, respirando el hombre, un aroma vivo, imprecisable, que le burbujeaba en la boca. Ella habló, en seguida, volviéndose un poco a mirar, afuera, la llegada del tren militar, en la Estación:

—Lo que más me apena es el pensar que tendría que irme de esta casa... ; no el que me la quiten. Aquí he vivido tan conforme, con el recuerdo de «ellos»; y aquí me han sobrevenido todas las cosas tremendas de mi vida, y siento que me sobrevendrán las...

—¿Siente que le sobrevendrá... qué, Marina...? —la acució él, al ver las palabras de ella detenerse, asustadas, como ante un muro.

—¡Ay! no sé... ; no sé lo que iba a decir—conturbóse ella, moviendo la cabeza y poniéndose de pie. El la imitó, y durante un minuto estuvieron en silencio, mirándose. Iba a marcharse, la señora, y ya llegaba a la puerta, cuando de pronto recordaría algo, y víñose un poco hacia el huésped, que permanecía inmóvil y enfurruñado en medio del cuarto.

—¡Ah, qué tonta soy, señor!—exclamó.— Olvidaba decirle lo principal; lo que quería conversar con usted... —se detuvo, indecisa, y continuó:—No tengo a nadie, se lo dije, don Joaquín, sino a él, a mi marido, al que es mi marido. El año pasado murió también la mamá de Fabián. ¡Pobre señora! Yo le venía a pedir... —volvió a detenerse, titubeando—le quería pedir... ; don Fernando Amésqua me lo aconsejó... ; me dijo que usted me podía aconsejar, me podría ayudar, en Santiago. Yo no conozco a nadie, y no tengo parien-

tes que me ayuden en este caso. Y aquí—agregó con otro tono, como explicando, como justificando su petición—vienen sólo personas débiles y delicadas. Si usted se va luego... ¡es cierto que se quiere ir pronto?—se interrumpió a sí misma, mirando al hombre con una sonrisa apenas perceptible.

—Sí—dijo él, inseguro—; creo que sí. Ya llevo cerca de cinco meses aquí, y debo volver a mi trabajo. Por lo demás, gracias... a usted, estoy bueno. Pero—le vinieron las palabras, incontenibles—¿por qué acudió usted al señor Amescua, y no tuvo confianza en mí...; por qué nunca me había conversado algo de estas tristes cosas de usted...; por qué, Marina... señora Marina, si usted sabía que yo trabajo en el Consejo de Defensa de la Mujer, no me lo dijo antes? ¿Y si ahora la despojan a usted? ¡Y por qué, también...; por qué...?

Se detuvieron sus palabras, sin precisar ese último «por qué», que le estaba revolviendo, a él, dentro, muy adentro, sus ocultas inquietudes. Iba a continuar; pero en ese momento apareció en la puerta la avispa-dada cabeza de la niña Roselina. La chica venía a decirle a su ama que en la cocina la estaban esperando, para preparar el postre.

—Bueno, niñita—le mandó la patrona—; anda tú y lleva huevos frescos. Yo voy ligerito.—Se volvió a don Joaquín, y le dijo, sonriendo nuevamente, el rostro ya serenado: —A usted no le gusta el postre de esta noche. A usted le voy a servir unas manzanas asadas con arroz. ¡Le gustan?

—Señora Marina..., a mí me gustan todos los postres que usted hace; todos. Deme, se lo ruego, de ese que va a hacer ahora...

—Nunca me había dicho eso—se extrañó ella; y

bajó al punto los ojos. Luego agregó, mirándose una mano, que era fina, modelada: —¿Y... cómo sabe usted que yo hago los postres?

No le contestó don Joaquín. Se puso él una mano en el corazón, inadvertidamente, y permaneció inmóvil ante ella. Ella le dijo:

—Hasta luego... ; después conversamos más...

Salió él, al cabo, de su silenciosa inmovilidad:

—¡Ah! ¿Así es que usted se va a confiar en mí? Gracias. Tengo un pariente abogado, que le servirá más que yo, en esto. El patrocinará sus derechos...

Y prosiguió, con un sí y un no de resentimiento:

—Y comprendo que se haya dirigido usted a don Fernando Amescua, pidiéndole consejo. Es un perfecto caballero, y merece, más que yo, toda confianza. ¡Si él no estuviese enfermo, de seguro la habría ayudado!

Dijo, lo último, sinceramente, dolidamente. Pero ella le aseguró:

—No; no crea usted; no lo crea, don Joaquín. No fué por la confianza. Fué porque... a usted no me atrevía. Perdóneme, don Joaquín.

El iba a contestarle; pero llegó de nuevo, corriendo, la chica Roselina, a decirle a la señora Marina que «no sé qué cosa» ya estaba «no sé cómo», y que la cocinera estaba esperando; y ella, escuchando a la chica, empujándola, se iba y se volvía aún hacia su huésped, hablándole con palabras rápidas, atropelladas, hasta que al fin, yéndose, ya le pidió:

—Con su permiso, don Joaquín. Después conversaremos más, ¿quiere?

X

Se quedó, el hombre, ensimismado, clavado ahí, en el umbral de la puerta. Cuando la ligera silueta de la señora Marina se perdió en una vuelta del corredor, comenzaron a resonarle en la cabeza las grávidas palabras que acababa de oír; las que poco a poco fueron alzándole un sentido, en sus sentimientos. Un jubiloso sentido... pero poco a poco también, fué tornándose ese sentido en contradictorio, al irse las palabras derramándose por su conciencia; al ir sus últimos ecos emergiendo de significación en significación por los estremecidos recovecos de su pensamiento.

«*¿Esas cosas...?*» «*¿Esas cosas...?*» ¡Ah, señor, «*esas cosas*», las cosas de esa mujer, a la que él... ; bueno, *esas «cosas»*, venían ahora a interferirle, a vedarle el rumbo de sus sentimientos, de sus deseos, de sus propias cosas...!

¿Qué significaba sentimentalmente todo lo que ella le acababa de contar? ¿Qué significaba la vida, la tragedia de esa pobre mujer, cuyo marido homicida la había abandonado... ; había tenido que abandonarla la noche misma de... (aquí, un pensamiento, una duda, una idea repentina le abrasó atropelladamente los sentidos, y comenzó a pasearse por el cuarto, a puerta cerrada). Quería analizar, recordarlo, todo, todo... ; todo el relato de la joven mujer; pero sus pensamientos y sus sentimientos se enredaban; chocaban entre ellos. Posponía en ese instante, egoístamente, los sufrimientos de la joven esposa del criminal; la muerte de sus padres; su desamparada soledad; la amenaza de sus terribles cuñados; la condición y el abandono mismo del marido, ante las circunstancias en que ella

fuera abandonada. No ante el mero crimen cometido por el desdichado, sino ante..., ante..., ¿ante qué? Evocaba a la adolescente novia—esa mujer que hacía unos momentos estaba sentada ahí, en esa silla—, vestida aún con el blanco traje virginal, hermosa y ruborosa en la fiesta de sus bodas; esperando quizá resignada, quizá feliz, el momento supremo de su vida...; y de pronto, una disputa entre el bullir de los invitados, y un disparo, o una puñalada, y un hombre que huye... Y una mujer que se queda, vestida con su traje de virgen, ahí, en esa casona. Que se queda, al sólo amparo de la pobre madre del fugitivo... ¡Con su blanco velo inmaculado!

¡Ah, esa no era una novela; eso era un desgraciado romance! Y él había de intervenir ahora, prosaicamente, en esa historia, no como lo deseaban sus deseos, sino como el interés de ella lo requería. Acaso ella, la imposible esposa del terrible Fabián Pavés, habría correspondido a su amor, ¡a su amor, que se le desbordaba por los desamparados límites de su vida, con el dulce amor de ella, desamparado... —¡Quién sabe! ¡quién sabe...! ¡Y, ella le pedía ahora defenderle sus intereses, ayudarla a defender sus intereses!

Siguió cavilando, paseándose un largo rato por el cuarto oscurecido. Después se anonadó en la silla muelle donde ella había estado sentada, y un mismo invisible aroma pareció de pronto abrazarle con voluptuosos aleteos. Ahí se quedó, sumergido en sus sensaciones; tratando en vano de pensar con claridad. Ahí se quedó, sin acordarse de ir al comedor, a la hora de la comida. Vagamente, sintió golpes en la puerta, y la vocecilla de Roselina, que llamaba:

—Señor don Joaquín...; que no viene; que se ha enfriado la comida... ¿Que no está aquí, señor don

Joaquín?—apremió, abriendo la puerta y mirando a la oscuridad de adentro.

—Sí estoy, chiquilla... —demoró él en contestar.— Me había quedado dormido... ; y tú no me despertaste ¿no?—terminó, disimulando y encendiendo la luz.

Cuando concluía de comer, entró al ya abandonado comedor, detrás de la empleada, que venía a retirar las cosas, la señora Marina; y ella se quedó mirándole en silencio. Después le preguntó por qué había comido tan poco; si no le había gustado la comida; si estaba indispuesto. El le aseguró que no; y que el postre estaba excelente...

Durmió mal, esa noche; y tuvo malos sueños. Soñó que estaba durmiendo allí, en el pasado rincón de los recuerdos, con la cabeza apoyada en la dura piedra. Y era de noche; y la noche era extrañamente refulgente, como el día, y sus pensamientos se le endurecían ardorosamente. Y veía a su mujer... ; y ella, María ¡tan enamorada, tan cariñosa como siempre lo fuera!, le miraba con una cruel mirada vacía de expresión... Y veía por sobre las copas borrosas de los álamos, que desparramaban al aire abrillantado fúnebres hojas amarillas, a Clemencia, lejos, muy lejos de él, en las lejanías grises de sus recuerdos. Y veía después a una mujer... ; a otra mujer que no sabía quién era, pero que sentía que la conocía también... Y él estaba enfermo, muy enfermo; y su cabeza era como una cabeza fundida en la piedra... ; y venían las tres mujeres, y le miraban... ; le miraba ahora, su dulce mujer con una piadosa mirada infinita... y le miraba ella, Clemencia, con una mirada tan lejana, tan lejana, siempre... ; y le miraba, le estaba mirando, adelantándose hacia él, inclinándose ante él, la otra mujer; esa otra mujer que él no podía saber quién era. Y en

su esfuerzo por verla, por saberlo, buscándole los ojos..., veíase por fin a sí mismo buscándose los ojos, sus propios ojos, por los hombros, por las manos, por todos los sentidos, hasta que, en su esfuerzo, despertó, enredada la cabeza entre las sábanas del lecho.

Se levantó dolorido y con fiebre. Le hacía falta movimiento, y aire fuerte, y contacto con los duros cerros. A la vuelta hablaría con la señora Marina ¡con la mujer de Fabián Pavés! Verían qué cosa habría de hacerse, desde luego, para prevenir cualquier daño... ¡Pobre mujer!

Salió por detrás de la casa, por esquivar a Rosarito, y pasó al calvero de entre los nogales, a saludar a Amés-cua. Estaba don Fernando, tendido en su silla de reposo, con las piernas al suave sol de febrero; y al verle, se le alegró el ceño pensativo.

—¡Hola! don Joaquín, estimado amigo—le devolvió el saludo, al hombre cerril.— Aquí estamos; con más ánimos, parece.

—¿La señora Clotilde? ¿Los niños; ha sabido...?

—Sí; mañana viene Clotilde. Quiere traerme alguno de los chicos; pero yo le escribí que no...; que no... —titubeó, con voz contenida, el caballero.— Que venga ella, no más...

—Y por qué, hombre de Dios!—le reconvino espontáneamente, con cariñosa impertinencia, el hombre hurano y cerril.— ¿Qué tiene, el que su mujer quiera traerle a su pequeñito? Usted, mi señor amigo, está mejor...; mucho mejor, sépalo—afirmó con convicción, mirando al enfermo, y deseando comprobar que la tenaz llamita febril brillaba más plácidamente en los ojos que ahí estaban mirándole a su vez, escrutadores.

Se removió un poco el marido de la hermosa Clotilde, en el fondo de su silla de lona, y concedió:

—Sí, es cierto; me siento con más ánimo, como le dije. Pero, la prudencia... ; la paciencia...

—La voluntad, señor padre. La presencia de sus hijos le dará más fuerza. Y más paciencia. La pelea la tiene ya ganada... y el tiempo es ahora su aliado.

Don Fernando miró a ese hombre, que así le hablaba. ¿Ese hombre le hablaba así, cuando en su interior él adivinaba también terribles dudas e indecisiones, y encarnizados males? ¡Ah!, suspiró, y tornando sus pensamientos a su mujer, y a sus hijos, interrogó:

—¿Usted cree, estimado amigo, que... no habrá peligro en que yo abrace... ; en que besé siquiera en la frente a mis hijos, a mi mujer... ?

A Joaquín Villarán se le nubló un poco la vista, y le aseguró:

—Con prudencia, como usted dice, aun puede acariciarlos cuanto quiera. ¿Y qué necesidad inmediata hay—agregó, con la voz vagamente reconcentrada—de ceder demasiado a la tentación de las caricias? Con los ojos, podemos acariciar infinitamente a las personas que queremos... ¡Mire usted, Amescua—su acento vibró nuevamente, con entusiasmo—; contemple usted, mire usted a su chico reír y jugar delante de sus ojos, y el mirarle le hará bien! Después ya se resarcirá usted de todas esas caricias de padre, de esposo, ¿verdad, mi bravo don Fernando? Y eso, sólo por prudencia, como usted dice...

Amescua asentía, en largo silencio esperanzado.—Gracias; gracias, mi excelente amigo—exclamó al fin.—Y usted, ¿cómo se encuentra? ¿Verdad que se irá pronto?

Joaquín le miró un instante. Después le dijo que se

encontraba bien; que debía volver a sus ocupaciones; que tenía que hacer en Santiago. Hablaba lentamente, vagamente, pensando en Marina, en la señora Marina... Hubiese deseado conversarle a él, a don Fernando Amescua—quien hacía ya dos años permanecía en esa casa—de la joven patrona; conversar de esa tremenda historia, de Fabián Pavés. Pero, por pudor, no lo hizo. ¡Pobre Marina!, ¡tan digna!, ¡tan resignada!, ¡tan hermosa y serena!

—Le vamos a echar mucho de menos, por aquí, ¡hombre!— anticipó don Fernando.— Al menos, algunas personas... Las demás, están demasiado dominadas por el virus de la enfermedad...

Joaquín Villarán se quedó sin oír las últimas palabras. Su pensamiento sólo estaba oyendo eso de que «algunas personas» le iban a echar de menos. ¿Quiénes serían, esas personas? Echó, él, una mirada vaga, distraída, por los altos farallones que dejaban resbalar casi verticalmente los rayos del sol febrero, y continuó conversando con don Fernando Amescua, hasta que sonó la hora del mediodía.

XI

¡Veintisiete años: ahí estaban los papeles de esa joven mujer que había podido remediarle y consolarle, a él, un hombre casi maduro, más con su presencia cordial, que con sus medicinas, la noche en que creyó morirse! Ahí estaba la libreta de matrimonio, quasi blanca, virginal, de la abandonada esposa de Fabián Pavés...; y ahí estaba él, el huésped huraño y enamorado, en el ineludible deber de velar por los intereses de la mujer. ¡Los intereses de la mujer! ¡El

grito sordo, ardoroso, de sus inquietudes, acallado para siempre!

Cada día, con regularidad estricta, con correcta amabilidad, casi con fría cortesía, la saludaba; conversaba un instante con ella, y le inquiría alguna noticia. Después salía a andar por los callejones; o pasaba a veces con Rosarito, que le miraba algo cohibida; o con la hermosa y dignísima esposa de Amescua. Clotilde le acompañaba—cuando él solía pasar por el departamento de don Fernando, o por los claros soleados entre los nogales, a saludar al enfermo—, a pedido del marido, temeroso todavía de que ella estuviese mucho tiempo a su lado; deseoso siempre de que tomase aire. ¡Qué suplicios de Tántalo padecería cada vez, el pobre Amescua, ante la tentadora presencia de la joven esposa! ¡Y cuánta confianza debía inspirarle asimismo ese hombre, que él lo sabía sensible y apasionado!

Sensible y apasionado. Un día, mientras contemplaba a su mujer y a Villarán subir por un repecho hacia los callejones de arriba, llamó al amigo:

—Tenga cuidado—le dijo—con los parientes de la señora Marina. Viven por aquí cerca, en el pueblo de San José. Son gente loca y vengativa, según dicen...; aunque a ella le tienen mucha consideración. Pero usted sabe, mi amigo—insistió mirando la faz vagamente alterada de don Joaquín—que, el espíritu de la venganza es incontrolable. Y la codicia, más aún...

Joaquín se había serenado. Replicó, hablando distraído, y pensando en quizá qué cosas:

—¿Pero qué saben ellos, que yo...? Nadie sabe nada de los asuntos de la señora, entiendo... Por lo demás, iré yo y le hablaré a ellos.

—Sí—aprobó don Fernando—; es mejor que vaya

usted, y les tome por las astas. Por el momento, ellos no sabrán nada; pero lo han de sospechar. Sospecharán que a alguien habrá de recurrir ella, para que le defienda sus intereses. Hace algún tiempo habían sospechado de mí... ; pero yo, ¿qué podía hacer por la pobre señora?

No le preocupaba, a Joaquín, el problemático peligro. ¡Ella, ella misma, era su real peligro! ¡Ay, cuánta pena sentía su corazón, al pensar en su pobre mujer, a la que nunca olvidaba! ¡Y en la misma Clemencia, en quien, a pesar suyo, había de pensar cada vez que pensaba en María! ¡Ay, del hombre... ! ¡y del corazón del hombre!

Pero tenía que ser fuerte; tenía que sobreponerse a las tentaciones y malos pensamientos; considerar que esa mujer era la mujer de un desgraciado prófugo, al que acaso amaría aún... Si no ¡cómo explicar entonces, en la soledad de su juventud y de todo, su conducta irreprochable, «digna, dignísima», como dijera una vez el mismo don Fernando Améscua?.

Salía, pues, ahora, todos los días; después de cada almuerzo, después de cada desayuno y de cada comida, a vagar, a andar por los caminos; no por huir de sí mismo, sino por huir de ella. ¡Ah, en el fondo era lo mismo! ¡Lo mismo que otras veces! Rehuía, a pesar de su cansancio, a pesar de su sentimental desaliento, el permanecer en su cuarto; el quedarse ahí, sentado en la acogedora silla en que ella se había sentado... Volvía tarde, a la noche, o a la hora del almuerzo, y se iba en seguida al comedor. Allí comía, acompañando a veces a Clotilde Améscua, a la buena esposa de Fernando Améscua, o leyendo algunos diarios. Marina entraba al comedor—que de noche estaba casi siempre desierto—a ofrecerles alguna cosa a sus

pensionistas. Andaba con un andar más suave; dejando un suave perfume que a Joaquín se le iba haciendo cada vez más íntimo, más indispensable, y su sonrisa, su amable sonrisa simpática, parecía deshojársele a instantes, en la boca. El la miraba entonces, desde su mesita, y sus inquietudes florecían en ocultas flores, más tristes, más dulces, más apasionadas.

Antes de que ella llegase hasta su mesa, él doblaba la servilleta, y se iba del comedor. Mas, la señora Marina, cuando él ya salía, le preguntaba, con su perenne voz amable, algo humedecida:

—¿Comió ya, don Joaquín...? Le voy a mandar el café a su pieza, ¿no?—y le miraba un instante, titirítandole levemente los pétalos suaves de sus párpados, velándosele un poco el brillo de sus ojos.

Y, más cada vez, las flores ardorosas de sus inquietudes se le iban trocando al hombre en espinas ardorosas. Se daba cuenta de que una aguda exacerbación, una fiebre morbosa y sentimental acrecían sus deseos contenidos, y trataba de verla menos cada vez; de hablar con ella sólo lo que debía hablar; de rehuir su proximidad. Pero, lejos de ella, sentía con más fuerza la virtual presencia de la mujer; el enigma ausente de su sonrisa saludable; su sonrisa de hada buena, que le daba salud a ese clima de enfermos... Sí, él era un enfermo también; un equivocado enfermo que necesitaba más que los otros de la vida suspendida en una sonrisa; del calor de unas manos que acariciaran; del ardor profundo de unos ojos. Por ahí andaría ella, ocupada en los múltiples quehaceres de su casa, sonriente, resignada, enigmática... ¿Qué pensaría...? ¿En quién pensaría...? ¡Ah! en sus soledades, ni siquiera se atrevía a puntualizar sus íntimos pensamientos, así como lo hacen los audaces enamorados.

rados, y a lo más, haciendo un grande esfuerzo, solía preguntarle a la Mercedes, cuando le servía en el comedor:

—¡Y la señora... que no la he visto? ¡No está enferma, verdad?

La empleada le miraba, como interrogándole a él por lo extraño de la pregunta, y respondía:

—No; no está enferma. ¿Por qué, don Joaquín? ¿No la ha divisado hoy?

«¡Don Joaquín!» ¡Y el budín de oporto que la empleada le acababa de dejar! ¡Hubiese preferido en ese momento un clima más frío, para él; algo rudo y hostil...; algo que le ahuyentase su afán, y sus inquietudes, y esos nuevos recuerdos, que ya estaban eternizándosele en el pensamiento! ¡Ah, abandonar al punto esa casa...; Huír de esa casa, de ese comedor, y no volver más... huir! Se quedaba, no obstante, doblando morosamente la servilleta; echando miradas esperanzadas, sobresaltadas, hacia la puerta, cada vez que la empleada entraba al comedor. Después salía, y daba unos paseos involuntarios por los corredores, por la terraza desierta, por todas partes. Y se iba, con el corazón apretado, a su pieza.

XII

Una fuerza superior a sus fuerzas le llevaba a encontrarse a cada instante con ella, por los corredores de la residencial, o por la terraza soleada., o por todos los rincones de la huerta. La señora Marina, al verle, le sonreía con la misma gentil sonrisa de antes, que, sin embargo, no era la misma. El nadie veía, y la saludaba automáticamente, ceremoniosamente; y la miraba después desde la distancia, mien-

tras se quedaba conversando con Rosarito que, muy contenta, comprobaba ahora que el hombre hurano no huía de su compañía. pero el espíritu del hombre estaba acá, atado al dulce ir y venir de la joven patrona, en sus quehaceres de cada día...

Una tarde en que él volvía de sus eternas vagancias, mientras admiraba de paso unas hermosas matitas que ella estaba resguardando de los primeros fríos nocturnos, y aspiraba, hundido en un traicionero torbellino de sensaciones, un revuelto aroma de flor y de mujer, la señora Marina le miró un instante, a hurtadillas. Vió el rostro torturado, adelgazado, del hombre, y se le heló a ella la perenne sonrisa. Pero no dijo nada. Cuando el hombre arisco y cerril se hubo marchado a su pieza, ella, inclinada aún sobre las macetas, le siguió por la penumbra de los corredores, con los ojos oscurecidos. A la hora de la comida, le llevó ella misma al comedor, como otras veces, algunas cosas, que él comía en empecinado silencio. Comía en silencio, hasta que, de pronto, presa de una opresión angustiosa, salió huyendo del comedor. Al volver ella, trayéndole la taza de café, y al no encontrarle ahí, fué y se la llevó hasta su cuarto.

El la miró sobresaltado, al verla entrar, y se puso de pie. La señora Marina dejó la taza en la mesita escritorio, y se quedó indecisa, delante de él, como si hubiese perdido el rumbo de por dónde había venido, o como si se olvidase de dónde estaba. Por fin, él quiso agradecerle:

—¿Por qué se molesta... ; por qué se ha molestado usted, señora... ? Su voz se quebró, cargada de ocultos sentimientos y de inverosímiles resentimientos. Ella, no obstante, lo entendió, sin darlo a entender; escucharía en su propio corazón el involuntario grito

de desamparo, de esas palabras, que parecían querer decir lo contrario de lo que habían dicho. Miró furtivamente, con renovada tenacidad fugaz—como le había mirado unas horas antes—, ese semblante alargado que en vano se obstinaba en manifestar una actitud de cortés indiferencia.

—Usted no está bien, don Joaquín—habló, oscureciéndosele la dulce miel de la mirada.— Usted no está bien, ahora... ¿Por qué no me dice, don Joaquín...?

—Estoy bien... ; estoy bien, señora. No se preocupe usted, se lo ruego. Quizá un poco de resfío... —añadió, amortiguando la vivacidad de sus palabras, y sorbiendo al mismo tiempo, en sorbos nerviosos, la taza de café.

Ella, con movimiento mecánico, cogió la taza vacía, y sin volver la cara hacia el hombre, se dispuso a salir. Dió unos pasos, y entonces, deteniéndose un poquito, a medias, le dijo:

—Le voy a mandar una tisana bien caliente, después...

El no respondió. Se quedó mirándola, al alejarse; sin saber por qué la miraba. Cuando ella llegaba ya al umbral de la puerta, el hombre murmuró apenas, con voz ininteligible; «¡Va a mandarme...!»; «¡le voy a mandar...!» Ella le oiría, esas débiles palabras, más con el pensamiento que con el oído, y se detuvo un otro instante dudosa. Después salió, ajustando sobre el busto el ligero chal, dejando en el cuarto su suave aroma imprecisable.

Unas horas más tarde, aun andaba el hombre hu-
raño de un lado a otro de la pieza, deteniéndose a ratos, volviendo a andar sin ton ni concierto; sin atinar a nada ni acordarse de la tisana que le iría a traer alguna empleada, cuando, tras unos golpecitos en la

puerta, entró en el cuarto la propia señora Marina, con una gran taza humeante en la mano. El huésped, al verla, sintió que se le deslumbraban terriblemente sus cavilaciones.

—¿Usted...? ¿Usted, señora...? ¿Por qué...?—tar-
tamudeó, esforzándose en reaccionar contra el tumul-
to de encontrados pensamientos que le suscitaba la
inesperada presencia de la mujer.—¿Por qué se ha
molestado, usted, tan tarde... y no mandó a la
empleada...?

La señora Marina, un poco pálida, un poco borrosa, la expresión de su semblante (no era como la reconfor-
tante expresión que le trajera esa otra noche lejana, cuando él estaba tan enfermo de verdad), le contestó:

—¿Por qué no podía venir yo? ¿No es mi obligación,
cuando hay enfermos...?

—¡Ah, sí!—murmuró él—;cuando hay enfermos...;
cuando hay enfermos... —Mas de súbito, sin querer entender el delicado sentido de las palabras que acababa de oír, repitió, con creciente amargura:
—¡Cuando hay enfermos...! ¡Pero ahora...; pero aho-
ra yo estoy bien! ¡Y una mujer casada!— Se detu-
vo, azorado, ante el oculto sentido que tomaban sus palabras.

Ella, aquí, pareció no entender. Inclinó la cabeza y dijo, disponiéndose a marcharse:

—Acuéstese... y se toma calientita, la bebida.
Buenas noches.

De nuevo no contestó el hombre recalcitrante; y ella, que se dirigía ya hacia la puerta, se detuvo un momento y yendo hasta el lecho se puso a arreglarlo, a mullir las almohadas, a acomodar bien las ropas, con una naturalidad solícita. El veía la acucia hacen-
dosa, llena de gracia, de maternal cuidado, de la

mujer, y no veía, o no quería ver, sus caderas esbeltas, ni su esbelto talle curvado de soslayo sobre la cama; no veía, bajo la bata ceñida, el temblor de sus vírgenes pechos, agitados quizá por el esfuerzo o quizá por otra causa, los que, como dos pichones, parecían querer descender sobre blanco nido... ; ni quería ver sus piernas, largas, bien torneadas, que, al agacharse, el borde de la bata dejaba descubiertas. Nada parecía ver, de estas cosas, su corazón ofuscado. Ella, al cabo, se volvió, enderezándose y arrollándose sobre la nuca, con ademán erubesciente, un gajo abundoso de cabellos caídos por los hombros, y repitió aún, echándole al huésped una confundida mirada:

—Buenas noches, don Joaquín. Que amanezca bien...

El la miraba irse. Iba ella saliendo, con el cuello ligeramente curvado, cuando oyó como una vehemente súplica de niño:

—¡Marina...! ¡Señora Marina!

Volvió un poco la cabeza y le vió rígido, de pie en el mismo sitio en que había estado todo el tiempo, junto a la mesita llena de papeles. Vino entonces lentamente hacia él, con una grave expresión que la sonrisa dulcificaba, y se quedó incierta, inquieta, a un paso del hombre, mirándole el rostro palidecido, el azul palpitar en las sienes, el brillo atormentado de los ojos. Inclinó el hombre la cabeza derrotada, avergonzada... como antes, como esa noche en que ella le socorriera. Y ella, Marina, la señora Marina, como esa noche, con maternal impulso, con natural impulso piadoso que quizá qué otro ajeno impulso ahora entorpecía, le tocó la frente, le pasó la mano tibia por la frente, examinándole, indagándole, con una insegura suavidad que se hizo temblorosa,

acariciante. El había cerrado los ojos; habíase quedado con los ojos tenazmente apretados bajo ese dulce contacto que conocía, que le confortaba y consolaba, y que ahora le despertaba en el corazón un desconocido tumulto de sensaciones y efusiones. Y alzando a ciegas las manos, cogió la invisible mano piadosa, y la besó de pronto, con respeto, con fervor, con agradecimiento. La besaba repetidamente, con cálidos besos que bebían inconscientes el aroma cálido de la carne... ; y la mano fina, y débil ahora, se debatía entre las suyas; aleteaba bajo sus besos, queriendo volarse, asustada. Cuando él, al cabo, abrió los ojos consolados, vió un alterado rostro desfallecido, pálidico, y unos labios entreabiertos y temblorosos, que dejaban escapar la húmeda blancura de los dientes. Sintió el hombre un repentino golpe en el corazón; un vuelco en sus ideas, en la conciencia, en todos sus sentidos, y volviendo súbitamente en sí, soltó, como si le hubiese quemado de pronto, la mano aprisionada. ¡Fué por un instante nada más! Otro golpe, más fuerte, le hizo perder la noción de esa momentánea noción heroica, y cogiéndole de nuevo ambas manos, ahora, mirándola en los ojos huidizos, y en los labios, que ella instinctivamente hurtaba en un sobresalto angustioso, la atrajo hacia sí... ; fué atrayéndola, suavemente, irresistiblemente, hasta sentir en su mismo pecho el erguido contacto de dos pechos duros; y entonces, embriagado de locuras, cerró de nuevo los ojos, por no ver lo que hacía, y sus labios ciegos buscaron los labios de la mujer.